

La filosofía no contradice a la economía, la posibilita

CARLOS J. MC CADDEN M.

Existe actualmente una tendencia dentro de la comunidad científica, y en particular entre los economistas, que considera que el pensamiento ha llegado a su fin. El edificio filosófico, al parecer, ha llegado al agotamiento; la filosofía se ha disuelto en ciencias particulares como la psicología, la lógica, la politología, o incluso la economía. Lo nuevo, o quizá mejor dicho lo único posible, es la metaeconomía, discurso consistente en un ir más allá de la ciencia económica tan sólo para revisar su método o su estatus como ciencia, pero, en todo caso, hay que abandonar esa fantásica metafísica que pretende buscar conocer las causas íntimas de los fenómenos. La economía ha mostrado con esto un total desinterés por la filosofía, sin ver su posible utilidad.

Auguste Comte (1798-1857), y todos los que de algún modo han seguido su espíritu positivista, piensa que históricamente muchas ciencias particulares han nacido de la filosofía. Algunos positivistas han llegado a afirmar que tan pronto acaben de nacer todas las ciencias la filosofía desaparecerá, por el simple hecho de que carecerá de objeto. Pero esto no lo aseveraría ni el mismo Comte, pues para él siempre quedaría una labor de reflexión sobre el quehacer científico. El filósofo positivista tendría que investigar qué son las teorías científicas y qué papel juegan las leyes en la ciencia. La filosofía quedaría dentro del género de la ciencia como una especie más; sería la especialidad que estudia las generalidades científicas. De este modo rescata Comte la razón de ser de la filosofía dedicándola a determinar exactamente el espíritu de cada una de las ciencias, descubriendo sus relaciones y engarces, y resumiendo los principios comunes a todas ellas.

En este contexto, ¿qué queda para la filosofía? ¿Cuál es su terreno? Entender la filosofía como lo hace el positivismo me parece un tanto pobre pero aún rescatable. Es pobre porque la filosofía no es sólo una teoría del conocimiento, ni una epistemología. No sólo estudia la realidad llamada "ciencia", sino que estudia toda la realidad, y lo hace desde una perspectiva filosófica.

La palabra "realidad" viene de res, que en latín quiere decir "cosa". "Realidad", pues, se refiere a las cosas que se nos presentan, al mundo de lo que es, a lo que existe. ¿Estudia la economía toda la realidad? La respuesta que se antoja es sí, pero aunque la ciencia económica, es cierto, estudia la realidad, no estudia toda la realidad.

La economía estudia lo real desde un punto de vista particular, el de la economía. No estudia la realidad desde el ángulo de la biología, ni desde la perspectiva de la física, ni de ninguna de las demás ciencias. Cada ciencia hace una elección y no es hacer química o física, ni siquiera hacer matemáticas, lo que le interesa al economista, sino hacer economía.

La filosofía, desde Parménides (Q515-440? a.C), estudia lo que es, pues lo que no es no se puede pensar. Estudia la realidad en cuanto que es cosa (res), o sea, en cuanto existe.

Lo que propone es una teoría del ser en general; se trata de una visión de todo lo existente, de una cosmovisión.

Quizá la diferencia más importante entre ambas es que la filosofía es una ciencia general, y la economía una ciencia particular. La economía estudia parte de lo real desde su particular punto de vista, y puede abordar áreas tan distintas como lo económico de la religión, de la medicina, del derecho, de la familia, de la prostitución, etcétera. La filosofía, en cambio, estudia la realidad en general; busca entender todas las cosas en cuanto que son reales.

Ambas pueden incluso llegar a estudiar lo mismo, pero ante la misma realidad, digamos por ejemplo los precios o el mercado, el acercamiento es distinto. Los economistas explican cómo funciona el mercado o cómo se determinan los precios. Los filósofos, en cambio, se interesan en saber por qué los precios o el mercado pertenecen a la realidad; y en este sentido por qué son un medio de acceso a una teoría del ser en general.

La generalidad en filosofía permite al filósofo saber que, aun cuando no conoce cómo se determinan los precios o cómo funciona el mercado, no obstante entiende que un precio o un mercado, al igual que cualquier otro ente, como lo puede ser un animal o un número cualquiera, por el solo hecho de ser tiene una naturaleza, esto es, un qué.

Esto se debe a que lo primero que cae en nuestra comprensión cuando entendemos algo es que ese algo existe. Cuando la inteligencia humana entiende, entienda lo que entienda, comprende siempre algo en donde va incluida una esencia o naturaleza.

Veamos un ejemplo: los precios. El filósofo sabe que los precios tienen una naturaleza, es decir, conoce los precios como los conoce el filósofo, quien, sin saber economía, sabe lo que los precios tienen que tener para existir y ser reales. Sobre los precios la economía nos explica cómo funcionan, y la filosofía por qué pertenecen a eso que llamamos realidad, o sea, por qué finalmente existen. Se distinguen las dos ciencias porque la economía es una ciencia de los cómo y la filosofía de los porqués, o más precisamente, de los últimos porqués.

El filósofo no pretende saberlo todo de todo, no es un todólogo, no sólo porque es imposible, pues sólo Dios es omnisciente, sino que al verdadero filósofo, sin dejar de mostrar interés por todas las demás ciencias, lo que realmente le preocupa son los porqués últimos del existir. Como todólogo, el filósofo sería un bueno para nada. Si tratara de saber mucho de todo finalmente no sabría nada a fondo, más bien lo que hace es develar lo que hace posible el todo.

Generalidad no quiere decir vaguedad. La filosofía no es una teoría de los fantasmas, ni de lo inexistente; nada más alejado de su objeto, pues justamente lo que le interesa es lo existente. Tampoco es un conjunto de argumentos abstrusos que exigen mucha atención pero que al final no dicen nada y sobre los cuales más valdría callar. Es cierto que muchos científicos e incluso algunos economistas piensan así, pero habría que preguntarles ¿en nombre de qué filosofía piensan así de la filosofía? Pues no se puede negar la filosofía sin hacer filosofía.

En su contacto con la economía, el filósofo debe tener el cuidado de no ponerse a hacer como si supiera economía, debe reconocer que no tiene la ciencia particular. Si no lo hace producirá prejuicios económicos y caerá en vaguedades fácilmente refutables por cualquier economista.

Un peligro semejante corre el economista, pero quizá aún más grande. El peligro de la ciencia económica, del cual no está exento ningún economista, es que resulta muy fácil filosofar sin darse cuenta. Lo contrario no sucede, el filósofo usualmente entiende que no entiende, aunque hay sus excepciones, ya que algunos creen entender cuestiones económicas sin comprenderlas realmente. Esto es un peligroso tipo de ignorancia, se trata de la ignorancia del letrado.

En cambio, para un economista es relativamente fácil deslizarse hacia la filosofía sin darse cuenta, y ponerse a decir qué es la ciencia, qué es el conocimiento e incluso qué es la realidad. Estos temas, que en principio son filosóficos, podría algún economista llegar a considerarlos "tierra de nadie", aún por descubrirse, secuestrarlos y considerarlos suyos sin darse cuenta de que invade, sin experiencia ni conocimiento, un área en la que ha dejado de ser economista para convertirse en un lego filosofante que hará una filosofía ingenuamente infantil y generalmente falsa. Y como existen ámbitos enormes de la realidad aún inexplorados que algunos economistas buscan llenar con saber científico, y puesto que la ciencia en general goza de un enorme prestigio, estos pseudocientíficos resultan muy peligrosos, pues se ponen a filosofar más allá de su competencia, y a veces se extravían a tal grado que se convierten en "misósofos" que, por motivos extracientíficos, filosofan para negar toda posibilidad a la filosofía.

Con esto creo haber dejado en claro tan sólo una cosa, a saber, que hay por lo menos dos ciencias que estudian lo real, pero lo hacen de distinta manera. Por un lado está la ciencia económica que, en cuanto ciencia empírica, estudia la realidad bajo su aspecto económico; busca modelarla y entenderla con el uso formal del análisis matemático y con métodos econométricos. Y por otro, la filosofía, que se concreta al estudio de la realidad en cuanto es gobernada por las leyes del ser, ocupándose de develar lo que hace posible el todo, y filosofa entre otras cosas para mostrar lo que hace posible a la ciencia económica. La filosofía no contradice a la economía, la posibilita.

Los límites de la economía los determina la filosofía

Existe un orden entre los saberes y límites de las ciencias. La economía los reconoce, para un economista no representa ningún problema entender que necesita de los conocimientos que ofrecen las matemáticas. La economía ha hecho suyo el programa de investigación científica de Galileo, quien consideraba que el vasto libro del universo está constantemente ante el entendimiento humano que tiene que aprender a descifrar e interpretar este libro, el cual está escrito en lenguaje matemático y si no se logra captar este lenguaje será imposible llegar a comprender una sola palabra del libro de la naturaleza. Un economista contemporáneo sin dificultad acepta principios matemáticos y los incorpora en la economía, e incluso considera esa actividad una parte esencial de su quehacer como científico, pues piensa que la economía se hace más científica en la medida en que se formaliza, léase se matematiza.

Debo añadir que no creo que un economista que quiera hacer economía sólo requiera una buena preparación matemática, para que después la economía venga sola. Esta sería una profundización en la línea de Comte, quien pensaba que la jerarquía natural de las ciencias tiene como raíz a las matemáticas, y así la economía no sería sino una rama de las matemáticas aplicadas. Mi opinión es que las soluciones de los problemas económicos están en la economía y no en las matemáticas, aun cuando las matemáticas puedan ayudar a solucionarlos. Lo que estudian las matemáticas no es lo que estudia la economía, ni lo que estudia la economía es lo que estudian las matemáticas. Se trata de dos ciencias particulares con objetos distintos. Si se olvida esto se puede perder de vista la especificidad del objeto de estudio de la economía, se corre el riesgo de estudiar matemáticas en vez de economía.

En un sentido, la economía respeta la jerarquía entre las ciencias y percibe que de alguna manera está subordinada a otras como las matemáticas o la lógica, pero aún le cuesta trabajo encontrar su lugar en el orden natural de los saberes y prefiere situarse dentro de las ciencias llamadas exactas, como matemáticas, física o química, ya que su pretensión es ser física o ingeniería social.

La verdad es que no se necesita mucho para entender que la economía es una de las ciencias sociales y que por este motivo la economía está obligada a pensarse como parte de un todo. Por naturaleza necesita no sólo del diálogo, sino debe percatarse de que sin el concurso de las otras ciencias sociales la economía sólo comprende parcialmente. Así, por ejemplo, se ha pretendido por medio de la doctrina del *laissez faire* liberar a la economía del ámbito de la política.

Ya en 1900, en sus *Elementos de economía política pura*, Léon Walras (1834-1910) hacía ver que la teoría pura de la economía es una ciencia que se asemeja, en todos sentidos, a las ciencias fisicomatemáticas. Ambas versan sobre magnitudes y, aunque se trata de magnitudes muy distintas, pueden ser sometidas al análisis, esto es, al método matemático. Por ello Joseph A. Schumpeter (1883-1950), profundo conocedor de la historia del análisis económico, consideraba a Walras el más grande de los economistas, porque su sistema de equilibrio había sido el único trabajo económico que podía soportar una comparación con los logros de la física teórica.

El tema del orden y de la jerarquía parece complicarse cuando se considera la posible relación de la economía con la filosofía, pero la situación es semejante. La economía echa mano constantemente de principios filosóficos, como por ejemplo el principio de contradicción. Este principio tiene varias formulaciones, una de ellas es la siguiente: "Es imposible ser y no ser, al mismo tiempo y bajo el mismo aspecto." Esto rige toda la realidad, y si un matemático dijera " $2 + 2 = 4$ " y a la vez y bajo el mismo aspecto " $2 + 2 \neq 4$ ", o si un médico dijera que "un paciente tiene cáncer en un miembro" y que "el mismo paciente en el mismo miembro no tiene cáncer al mismo tiempo y bajo el mismo aspecto", un filósofo les argumentaría, tanto al matemático como al médico, que no sólo se están contradiciendo, sino que eso que dicen no puede ser, pues va en contra de una de las leyes de la realidad. Y esto se lo diría aun cuando no tuviera sino muy pocos conocimientos de medicina o de matemáticas.

Un ser humano necesita saber matemáticas para saber cuánto suman 2 más 2, pero no necesita saber matemáticas para saber que es imposible que "2 más 2 sean 4 y no sean 4"; lo que necesita es tener un sentido de la realidad, o si se me permite lo que se necesita es saber algo de filosofía. Aunque no sepa matemáticas, todo ser humano, y en particular el filósofo, por estudiarlo formalmente, conoce en alguna medida los principios que rigen lo que es o puede ser, conoce la realidad.

La economía goza de plena autonomía en su ámbito particular de estudio, y en este sentido no sólo la filosofía, sino ninguna otra ciencia, tiene nada que enseñarle en lo que se refiere al estudio científico de la realidad económica; sin embargo, por ser una ciencia particular está sometida a leyes y principios que ordenan la realidad en general y que la economía no estudia. Estos principios rigen la economía, las matemáticas, la medicina y todas las demás ciencias particulares, y no son estudiados por ninguna de ellas, aun cuando todas hacen uso de ellos continuamente.

Todo se puede afirmar y negar. Puedo afirmar que escribo este artículo y puedo negarlo. Nada me lo impide. Lo que no puedo es pretender que tanto una afirmación como su negación propia sean verdaderas, porque afirmar y negar, el mismo predicado del mismo sujeto, es lo que formalmente se llama contradecirse.

El filósofo no tiene por qué saber qué es un precio de equilibrio, pero sabe que se contradice el que afirma que "el precio de equilibrio de un bien es aquel al que la cantidad demandada es igual a la ofrecida" y luego lo niega diciendo que "el precio de equilibrio de un bien no es aquel al que la cantidad demandada es igual a la ofrecida". También sabe que sólo una de las dos, la afirmación o la negación, es verdadera y que es imposible que las dos sean verdaderas a la vez. Además, sabe que es imposible que un precio de equilibrio exista y no exista, al mismo tiempo y bajo el mismo aspecto, porque conoce lo que no puede ser. Y aunque este conocimiento filosófico sirva de poco al economista, por lo menos le da un sentido de realidad en contra del cual no puede ir. La filosofía no sólo no contradice a la economía, sino que la posibilita impidiéndole que se contradiga.

En sentido estricto, no hay contradicción entre filosofía y economía

Son dos áreas del saber distintas y ambas son ciencias porque el concepto de ciencia no es un concepto unívoco sino análogo. Tanto la economía como la filosofía comparten el ideal científico que busca alcanzar un saber riguroso y exacto, ambas respetan adecuadamente los hechos y no están dispuestas a dejar de lado ninguna de las circunstancias de los fenómenos, pero cada una lo hace de manera distinta, pues atendiendo a su objeto determinan su método.

Desde el principio resulta claro que no tiene por qué haber conflicto entre ellas. Si algunos encuentran conflictos entre filosofía y economía, es simplemente porque no han percibido que ambos estudios nacen de la realidad y tratan de dar explicaciones de la realidad. En sentido estricto, no hay contradicciones entre ambas, ni puede haberlas, si cada cual respeta su ámbito y dialoga verdaderamente sólo desde su perspectiva sin invadir terrenos ajenos.

Para que hubiera contradicciones, en sentido estricto, lo que afirman los filósofos tendría que ser lo que niegan los economistas, y viceversa. Esto querría decir que si un economista afirma que la "cantidad demandada de un bien está determinada por su precio", el filósofo tendría que negarlo, diciendo que la "cantidad demandada de un bien no está determinada por su precio". Pero esto un filósofo nunca lo va decir, simplemente porque de eso no sabe.

Por otro lado, para que hubiera contradicción entre la economía y la filosofía, el economista, en contra de lo que afirman los filósofos, tendría que negar que la realidad está regida por el principio de contradicción, o, por lo menos, que en una parte de la realidad, a saber en economía, contradecirse está absolutamente permitido. Es decir, el economista tendría que negar el principio de contradicción que los filósofos afirman. Pero esto tampoco va a suceder porque, aunque los economistas usan estos principios, sin embargo, no forma parte de su objeto el estudiar los principios que rigen la realidad, y si negaran el principio de contradicción en ese instante dejarían de hacer economía y estarían haciendo filosofía.

No se puede ignorar que muchos de estos principios filosóficos fundamentales que rigen la realidad les llegan a los economistas por la vía de las matemáticas, con otro nombre: se les llama principios lógicos. Sobre esto, dos muy breves comentarios: primero, las matemáticas no estudian los principios de la realidad, aun cuando los usen. La lógica matemática ha pretendido adentrarse en algunos de ellos, pero la lógica es realmente una parte de la filosofía y no una parte de las matemáticas. Y, segundo, aunque no siempre es fácil mostrar dónde radica el límite entre una ciencia particular y la filosofía, entrar a discutir si los principios fundamentales que rigen la realidad son o no objeto de la filosofía, es abandonar la economía, e incluso las matemáticas, para empezar a filosofar.

Ciertamente no hay contradicción entre ambas ciencias, pero con esto no pretendo tapar el sol con un dedo, hay algunos temas en que ambas se contraponen.

No se puede negar que existen algunas posturas opuestas entre los dos ámbitos, pero estos contrapuntos resultan muy interesantes y dignos de estudio, pues si parten de convicciones bien fundadas en la realidad y son fieles a los métodos de cada una de las áreas del saber, entonces resulta fascinante preguntarse de dónde surgen estas aparentes contradicciones. Recuerdo que el Libro B de la mal llamada *Metafísica* de Aristóteles (384-322 a.C.) empieza haciendo un listado de todas las aporías o temas filosóficos aparentemente contradictorios. Y hace una enumeración de ellas con el fin de darles solución.

Sin pretender hacer una enumeración exhaustiva de las aporías que yo encuentro entre estas dos ciencias, quisiera aquí señalar dos aparentes contradicciones entre economía y filosofía:

a) La primera, resulta evidente el gran poder explicativo que para la ciencia económica tiene el percibir a los agentes económicos como maximizadores de beneficios, y creo que ésta es una de las riquezas que tiene que ofrecer la economía a la filosofía, a saber, el mostrar los verdaderos y bien entendidos intereses económicos de los hombres.

Pero, ¿se pueden hacer generalizaciones antropológicas que afirmen que el hombre no es un ser altruista sino ilimitadamente egoísta? Una cosa es postular un agente económico maximizador dentro de los límites de la ciencia económica, y otra hacer afirmaciones sobre la naturaleza supuestamente egoísta del hombre, sin excluir la búsqueda de intereses inmediatos, artificiales y mal entendidos.

b) La segunda aporía se refiere al *laissez faire* y la libre competencia. La economía postula a ambos para obtener resultados óptimos en los modelos económicos. Este mundo, que en economía aparece como el mejor de los mundos posibles, resulta paradójico por dos motivos. Primero, porque ese mundo es irreal, es decir, en la realidad estrictamente no existe. Y, segundo, porque ese mundo es artificial, pues aun cuando teóricamente el mecanismo económico natural sea un mecanismo que se mueve a sí mismo y se autorregule, sin embargo, es evidente que en la práctica real el *laissez-faire* podría muy bien llevar al deterioro de la competencia, y una industria que empieza con libre competencia puede tender a dividirse en un pequeño número de empresas de tamaño medio y luego éstas en un número cada vez menor hasta llegar al monopolio. La tendencia actual hacia las fusiones en el mundo de los negocios y la importancia de los procesos en contra de compañías que infringen las leyes antimonopólicas son un claro ejemplo. Resulta paradójico el tener que regular y legislar para mantener el *laissez-faire* y por ende la competencia. Esto invita a pensar que si hay que intervenir en la economía legislando para mantener la competencia, entonces ¿por qué no intervenir por otros motivos?

Quiero reiterar que las contradicciones entre estas ciencias sólo son aparentes; ciertamente cuando las estamos viendo nos parecen absolutas, nos sorprenden y nos apabullan, sobre todo cuando se trata de dos opiniones opuestas bien argumentadas. En esos momentos nos sentimos en la imposibilidad de elegir, pues ambas nos aparecen como verdaderas y a la vez antitéticas. Pero no dejan de ser sólo aparentemente opuestas, porque no puede ser que buscando la verdad sobre un mismo asunto encontremos dos cosas distintas.

Y no es que tengan que desaparecer la economía o la filosofía, con el pretexto de que sólo una de ellas es verdaderamente científica y la otra simplemente contradictoria.

El problema no es tan grande como lo ven algunos diletantes, sino que todo el asunto se reduce a un limitado conjunto de aporías, o aparentes contradicciones, las cuales no estaría mal que los estudiosos de las dos áreas se sentaran a inventariar y luego a discutir. Sin embargo, esto no lo veo "aprobemático" justamente porque se trata de un área ignota y conflictiva, y por lo mismo poco apetecible.

Estas aporías a mi parecer son muy positivas e incluso fecundantes. La historia de la ciencia ha mostrado que es desde las aporías donde normalmente se hace el esfuerzo por superar paradigmas.

Realidad vs. cosmovisiones y modelos

Las tareas de la economía y de la filosofía son arduas y complicadas. Y al ver los logros uno podría desanimarse. No se requiere de mucha inteligencia para descubrir la

situación actual en que se encuentran estas dos disciplinas. Aun cuando en sus veintitantos siglos de existencia la filosofía ha tenido mejores momentos en cuanto a fama y aceptación, no cabe duda de que en los ambientes no especializados ni una ni otra tienen gran aceptación entre el público. La gente común que juzga desde fuera a ambas ciencias, al oír el ruido y el alboroto levantado, entiende que no todo va bien adentro.

Entre economistas no es raro citar a Bernard Shaw (1856-1950), quien afirmaba que si reuniéramos a todos los economistas no llegarían nunca a una conclusión. Y hablando de filosofía, ya David Hume (1711-1776) señalaba que en estos temas no hay hombre que desespere de ganar prosélitos para la más extravagante hipótesis con tal de que se dé maña suficiente para presentarla con colores favorables.

La economía sitúa al hombre en contacto con la realidad, y no sólo lo informa sino que lo forma. El trabajo de los economistas consiste en utilizar modelos que expliquen la realidad. Se empeñan en ser realistas, pero no totalmente porque las economías reales resultan demasiado complejas para analizarlas en todos sus detalles. Su ciencia no busca describir toda la realidad económica sino que, utilizando modelos sencillos analizables con relativa facilidad, los economistas pretenden descubrir los principios generales aplicables a situaciones reales más complejas. El secreto de su análisis consiste en simplificar para no ahogarse en detalles. Además, se utilizan datos del mundo real para ver si los modelos, que en principio son por lo menos útiles e instructivos, son coherentes con los hechos.

La tarea de la economía es la de construir un mundo inteligible donde la razón modela o formaliza la realidad económica. La razón construye una realidad modelada matemáticamente que coincide con la realidad simplificada; no se abandona la realidad, sino lo que se busca es penetrarla. Esta es la fuerza de la economía, pero puede ser a la vez su debilidad.

Fuerza, porque un modelo permite una penetración racional en lo real, una lectura del fenómeno económico. Debilidad, porque la coherencia del modelo puede hacer olvidar que de lo que se trata es de adecuar el modelo a la realidad, y no la realidad al modelo. La coherencia produce tal fascinación que se puede descuidar la realidad.

Resulta interesante observar que Walras, aunque él mismo no fue muy explícito al respecto, usó un camino paralelo al del método racionalista de René Descartes (1596-1650) para descubrir verdades universales; sus Elementos de economía política pura contienen un conocimiento racional en el que subsisten cadenas deductivas, en las que el conocimiento está ordenado de lo simple a lo complejo o de lo "absoluto" a lo "relativo". Los modelos de Walras, como los de muchos economistas actuales, fueron diseñados para describir situaciones ideales, "realidades utópicas". Sus descripciones de modelos de intercambio "tipo ideal" le servían de base para describir una sociedad ideal. Por sistema, las situaciones descritas en los modelos no coinciden con las situaciones prácticas. No obstante, Walras consideraba que las situaciones ideales podían servir como modelos o guías para la introducción de mejoras prácticas dentro de la realidad económica. Sólo así la imperfecta realidad práctica podría conformarse a la perfecta realidad ideal. En economía aplicada la coherencia del modelo ideal se ha convertido en el criterio de verdad.

Este método es utilizado en la ciencia económica contemporánea, y los economistas muestran un consenso al respecto, es decir, los economistas contemporáneos insisten en que sólo el que usa este método es realmente científico. En filosofía, sin embargo, no se puede decir lo mismo. Primero, porque habiendo tantas corrientes actuales de pensamiento simplemente no hay un consenso entre los filósofos sobre cuál es su método. Actualmente existen muchas corrientes filosóficas que justamente se distinguen por tener un método propio. Es el caso de la fenomenología, la semiótica, la lógica matemática, etcétera. Y, segundo, porque a diferencia de la economía, en donde discutir cuál es el método de la ciencia económica es dejar de hacer economía para hacer epistemología o algún tipo particular de teoría del conocimiento, en filosofía el hacer preguntas específicamente filosóficas consiste no sólo en preguntarse por la realidad en general, sino también por el método. Es decir, en filosofía la pregunta por el método es una de las variables del sistema, lo cual está excluido en economía.

El *modus operandi* de las dos ciencias es distinto, pero lo que no se puede olvidar es que ambas buscan conformarse con la realidad; la realidad debe ser su último criterio de verdad. Ninguna de las dos puede pretender haber alcanzado completamente la verdad, pero tampoco se puede alegar que alguna yerra por completo. Cada una dice algo de la realidad, según su objeto y su método, y creo que reunidas contribuyen de una manera apreciable a una mayor comprensión de la misma.

La economía no contradice a la filosofía, la enriquece

La filosofía colabora con las demás ciencias, incluyendo la economía, ayudando a situar las ciencias particulares dentro de la totalidad del saber. Es cierto que para comprender el fenómeno económico es importantísimo separarlo de todas las demás cosas del universo, pero también es necesario mostrar su puesto particular dentro de la totalidad. El que sólo sabe economía no sabe economía, decía John Stuart Mill. La economía no existe en sí y por sí, sino que es parte de un mundo total del cual hay que distinguirla y en el cual hay que situarla.

Se puede rastrear sin dificultad el nacimiento de la ciencia económica por lo menos hasta el siglo iv a.C., en Grecia, con Jenofonte (¿427-335? a.C.), discípulo de Sócrates (470-399 a.C.), pero los economistas contemporáneos prefieren fijar esa fecha en 1776 con la publicación de *La riqueza de las naciones* de Adam Smith (1723-1790), o quizá un poco antes, con el mercantilismo o la fisiocracia. En todo caso la economía se reconoce a sí misma como una ciencia relativamente nueva que trabaja por definir su estatus frente a las demás ciencias. Mientras lo hace no deja de tener un cierto jaloneo con ciencias tan antiguas como el derecho, y la filosofía, e incluso con las matemáticas. Lo cierto es que el conocimiento milenario del hombre sobre la realidad últimamente se ha visto muy enriquecido con esta "nueva" ciencia. Y me parece que no es una casualidad que eso suceda justamente ahora en este siglo xx, tan ocupado con lo material y lo corporal, que hace pensar que el alma le ha quedado demasiado pequeña a un cuerpo que ha crecido desmesuradamente.

En el diálogo con las demás ciencias no debe perderse de vista que los economistas han hecho suyas las características propias del científico, como lo son la imparcialidad, la

receptividad frente a la verdad en general y la apertura a todo aquello que pueda revelarse en cualquier experiencia. Por ello no debe sorprender la apertura con la que economistas, por un lado, con tan alto grado de excelencia científica y, por otro, con raíces intelectuales tan dispares, como Kenneth J. Arrow, Anthony B. Atkinson, Partha Dasgupta, Robert E. Lucas, Jeffrey D. Sachs, Amartya Sen y otros, participaron en un coloquio en el Vaticano, en 1990, sobre "Los aspectos sociales y éticos de la economía". Resultan muy a propósito los documentos que surgieron de ese encuentro.

De este diálogo entre la filosofía y la economía han salido ya muchas cosas buenas. Adam Smith era filósofo y moralista, y se dedicó a estudios económicos. No fue por un proceso de depuración al estilo de Comte que se dio ese paso. Por un desarrollo natural Adam Smith fue de las cuestiones morales a las cuestiones de la riqueza de las naciones. Otros ejemplos son John Stuart Mill, Karl Marx y muchos más.

Algunos intelectuales y artistas critican a la economía porque les resulta demasiado deshumanizada y "reificante", y hacen como si pudieran vivir en el mundo del arte o de las humanidades sin preocupaciones económicas. Por otro lado, muchos economistas se especializan de tal manera en sus áreas que sienten la necesidad de decir que el pensamiento ha llegado a su fin, y que nos encontramos en la era científica, en donde no caben inquietudes filosóficas y menos aun éticas. Creo que estas dos conductas son absolutamente absurdas. Me parece que sería muy fructífero no olvidar las aparentes "contradicciones" entre economía y filosofía, conservándolas a lo largo de nuestras vidas como inquietudes y, ¿por qué no?, proponer eventualmente algunas soluciones

El autor es profesor del Instituto Tecnológico Autónomo de México.

Infancia en México
Mortalidad en menores de cinco años

Infancia en México

Mortalidad en menores de cinco años

La mortalidad en menores de cinco años refleja la capacidad de una sociedad para asegurar la supervivencia de sus miembros más vulnerables. Por ende, es un indicador no sólo de salud infantil sino también del nivel de desarrollo socioeconómico en general. La reducción de esta tasa de mortalidad es una de las metas principales del Programa Nacional en Favor de la Infancia. Desde 1990, la tasa de mortalidad en menores de cinco años se ha reducido significativamente en la mayoría de los estados. No obstante, persiste el contraste entre estados con tasas por debajo de 23.4, y Puebla, Oaxaca y Guerrero, donde las tasas aún son mayores de 40.

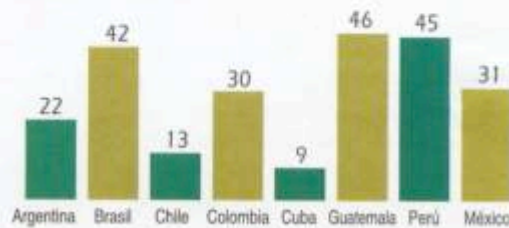
MORTALIDAD EN MENORES DE CINCO AÑOS AJUSTADA POR SUBREGISTRO 1997



Nota: Tasa por 1,000 nacidos vivos esperados. Estimación del subregistro de defunciones en menores de cinco años a partir de datos del Censo de 1990. Fuente: Comisión Nacional de Acción en Favor de la Infancia, Programa Nacional de Acción en Favor de la Infancia 1995-2000: Evaluación 1998

TASA DE MORTALIDAD EN MENORES DE CINCO AÑOS EN AMÉRICA LATINA 1998

De acuerdo con la Organización Mundial de Salud, la tasa mexicana de mortalidad en menores de cinco años está ligeramente por arriba del promedio para el continente americano. En América Latina, Perú y Guatemala tienen tasas muy altas, mientras que la tasa cubana es la más baja.



Fuente: World Health Organization, World Health Report 1999
Investigación: Adriana Alcaranza con datos del INVI y WHO